

J. M. J.

INTRODUCCION.

*Nos dejaron ejemplo para
que siguiésemos sus pasos.*

S. Pedro Ep. 1.^a, C. 2.^o, v. 21.

La historia es la suprema autoridad á que en todos los tiempos apelarán los hombres amantes de lo bueno y de lo verdadero; es el juez infalible á cuyo inapelable fallo se sujeta en sus dudas la sociedad. Y no es que en la narracion de los hechos haya siempre verdad; que tambien se desfiguran, se alteran y se desnaturalizan, porque, por desgracia, no es raro que el hombre abuse de su inteligencia y la degrade hasta hacerla servir á los intereses bastardos de la impostura y del error; sino que una narracion viciada de esta suerte, no es, ni puede llamarse historia.

La historia, propiamente dicha, es inseparable de

la verdad: enseñará los vicios ó las virtudes de los hombres y de sus épocas; condenará aquellos y enaltecerá á estos; podrá tambien, segun el carácter del escritor, resentirse de afición á los vicios y de desden por la virtud, pero mientras respete los fueros de la imparcialidad, mientras refiera los hechos, tales como se realizaron, siempre conservará su carácter sagrado de inapelable autoridad, siempre será supremo juez á quien con gusto apelarán los hombres para aclarar las sombras del pasado, para enlazar la cadena de los sucesos con el presente, y para procurar penetrar en el fondo del porvenir.

De aquí nace la importancia del estudio de los hechos históricos, estudio mas difícil de lo que á primera vista parece, dado que exige un gran fondo de buen sentido, de criterio recto, y de juicio comparativo; pero tan necesario, que sin él el humano linaje estaria destituido de todos los preciosos conocimientos que datan la fecha de su origen, que revelan su dignidad, que precisan su objeto, y que trazan su marcha al través de los siglos, haciéndole columbrar claramente su fin, desde su mismo origen.

Y esto, que es como una ley comun para toda la humanidad, no lo es menos respecto de los diversos pueblos ó fracciones en que se dividió la familia de Adán desde la confusion de las lenguas. Cada pueblo tiene su origen; cada pueblo tiene su propia dignidad, que será mas ó menos grande segun que haya sabido conquistarla con sus virtudes ó sus hechos gloriosos; cada pueblo tiene un objeto, ó sea una misión providencial; cada pueblo, en fin, marcha sinistramente ó rectamente al término de su destino, imprimiendo al todo de la humanidad, esa variedad asombrosa que se observa en la historia del mundo.

México nació ayer; y sin embargo, tanto por la ra-

za de que trajo su origen, como por el hermoso idioma que en suerte le tocó, y hasta por el papel que con mas ó menos acierto ha desempeñado hasta hoy, puede decirse, sin temor de errar, que su misión, por mas que el génio del mal se empeñe en desconocerla, es sostener y propagar en el Nuevo Mundo la civilización católica. Los tres siglos y medio de su vida, de su fé, de sus borrascas, y aun de sus dolores, parece que indican aquel fin.

No hablaré de los hechos contemporáneos: seria inútil y quizá inoportuno. Pero al recordar la exuberancia de la fé, el lujo digámoslo así, de virtudes cristianas de que México hizo noble alarde en su primera juventud, no es de creerse que la Divina Providencia le haya retirado aquella importante misión, por los errores con que le ha contaminado su época. En medio de ellos, México, es decir, lo que realmente se llama México, cree en Dios, y segun la bella espresion de Leibnitz, "tiene horror á ese mundo huérfano, que se forjan algunos miserables, y prefieren vivir descansando bajo las alas tutelares de una sabia paternal y augusta Providencia." Esto dicho, comencemos sin transición, á referir algunos bellos episodios de la historia de México. (*)

(*) Los documentos que he tenido á la vista para escribir este "Apéndice," son la "Crónica de la Provincia de San Diego de México" escrita por el R. Padre Baltasar Medina; la "Cristiandad del Japon" obra preciosísima del R. Padre José Sicardo, agustiniano; "Las Crónicas de la Provincia de San Gregorio de religiosos franciscanos de Manila, China y el Japon," por el R. Padre Juan Franciseo de San Antonio; y la "*Storia del martirio é compendio delle vite dei ventisei Martiri Giapponensi*," publicada en Roma en el año de 1862 con motivo de la solemne canonización de los referidos mártires. Esta advertencia me dispensa de llamar citas en cada página; tarea enfadosa, y de ordinario inútil.

§ I.

Al tratarse de las glorias religiosas de México, justo es tener presente á su hijo protomártir, en cuyo honor desgraciadamente se ha hecho muy poco en los últimos años.

Fueron sus padres los Sres. D. Alonso de las Casas, y Doña Antonia Martínez, ambos españoles, de costumbres virtuosas y de acomodada fortuna. La ciudad de México, ha estado de tiempo inmemorial en posesión de la gloria de haberle visto nacer dentro sus muros, y regenerádole con las aguas del sagrado Bautismo, no obstante que, no ha faltado quien asegure que en el año de 1372 nació en Chilapa, ciudad situada al Sur de México, que en aquella fecha pertenecía á este Arzobispado; fundándose en que por aquella época, desempeñaba el señor su padre el cargo de corregidor en Chilapa. (*) No entraré en un exámen que realmente es inútil, ora porque cuando la Capital en otras circunstancias defendió sus derechos, parece que la juiciosa crítica le otorgó plenamente justicia; ora porque, como quiera que sea, siempre será inconcuso que, el niño Felipe de las Casas, ó sea el Protomártir San Felipe de Jesus, nació en el territorio mexicano, y dentro de los límites de su Arzobispado.

Poco diré respecto de sus primeros años, porque casi nada se sabe, y me conformaré con asentar, con

(*) Esta Villa, hoy ciudad, formó parte tambien de la Diócesis de Puebla hasta el año de 1863, en que el Soberano Pontífice Pio IX, en el Consistorio de Marzo, la segregó y erigió en obispado, nombrando por su primer obispo, á su antiguo párroco el Illmo. Sr. D. Ambrosio Serrano.

un cronista italiano, "que tenia un excelente corazón capaz de grandes sacrificios." La primera prueba con que lo anunció, fué el haber dejado su casa y su familia por amor á la Cruz, renunciando al ancho porvenir que le auguraban las riquezas, las relaciones y la posición social de sus virtuosos padres, por abrazar el austero instituto de los franciscanos descalzos, como lo hizo, vistiendo el pobre sayal de San Francisco, á los diez y seis años de su edad, en el convento de Santa Bárbara de Puebla, casa de aprobación de la venerable Provincia de San Diego de México.

Es verdad que no permaneció en tan santo propósito, pero esta variación, tal vez censurada por muchos con mas ligereza de la que, por ella, se atribuía al jóven las Casas; por lo sucedido despues, parece que mas bien fué un decreto de la Divina Providencia, que quiso sacarle fuera de su patria como al patriarca Abraham, reservándole mayores sacrificios, y destinos mas altos. Así esa misma inescrutable Providencia impidió, por dos veces, que San Camilo abrazase el estado de religioso capuchino, reservándole el ministerio de Fundador y Padre de los clérigos Regulares establecidos para auxiliar á los agonizantes.

Una vez salido ya del claustro, necesariamente, tanto él como sus padres, debieron pensar en su establecimiento. En la época colonial, los hijos de la patria tenían cerrada la puerta á las diversas carreras que hoy abrazan, y por lo mismo poco trabajo costaba el decidirse. En consecuencia, no habiendo abrazado la carrera eclesiástica, se decidió, de acuerdo con su padre por el comercio, pero comercio en grande escala; esto dió por resultado su viaje á Filipinas, pues entonces se decia vulgarmente que la Nao de China, procedente de aquellas islas, bastaba á enriquecer un reino.

No todos los padres que alejan de sí á sus hijos, son tan afortunados como los de Tobías, que merecieron que un arcángel le acompañase en su arriesgado y dilatado viaje, y le volviese sano y feliz á su seno: mas comun es, que los padres se arrepientan de su ligereza y deploren las tristes consecuencias, siempre inevitables de la separacion de sus hijos, y de la falta de vigilancia personal que deben ejercer sobre ellos, en los dias peligrosos de la fogosa juventud. Esto á la letra sucedió á los padres de San Felipe de Jesus. Jóven, inesperto, con libertad, y tambien con un respetable caudal, luego que se fijó en Manila se vió rodeado de parásitos y aduladores, que para mejor devorar su rica hacienda, pusieron su inocencia á dos dedos de su ruina total. Empero la Providencia que le guiaba, le humilló sin abandonarle jamas.

Quando la prosperidad ofusca la inteligencia, y hace que el hombre olvide sus deberes, la adversidad es un inmenso beneficio, puesto que vuelve al hombre reflexivo, le hace entrar en cuentas consigo mismo, y acaba por atraerle al arrepentimiento de los extravíos lamentables á que le arrastró la engañadora fortuna. Felipe, abandonado de sus falsos amigos, como Job en los dias de su tribulacion, no tuvo otro recurso que levantar sus ojos al cielo, y entonces vió claramente que de solo él podia esperar el consuelo y la fortaleza en su duro infortunio.

La meditacion de sus crueles desgracias, el recuerdo de los pacíficos y tranquilos momentos que pasara en el claustro, el temor de los juicios de Dios, y sobre todo, el poder de la gracia divina que se infiltraba en su corazon lacerado, todo esto despertó los grandes y generosos sentimientos de su alma, y transformado en hombre nuevo, dijo como otro pródigo:

“Iré á ver á mi padre.” Entonces, que acababa de cumplir diez y nueve años de edad, se encaminó al convento de franciscanos de Santa María de los Angeles en la ciudad de Manila, donde hechas las informaciones canónicas, y examinada su vocacion y probado su espíritu, y perfectamente asegurada su constancia, despues de un año de virtudes prácticas, pronunció sus votos solemnes el dia 20 de Mayo de 1591.

Todos los testigos contemporáneos están de acuerdo en que el glorioso San Felipe, al vestir el humilde sayal del Padre San Francisco, se desnudó absolutamente del hombre viejo y sufrió una completa transformacion moral. Su obediencia, fundamento sólido y único de la vida monástica, y hasta de la perfeccion cristiana en general, siempre fué ciega, pronta, humilde y absoluta; y derivándose de tan fecunda fuente todas las demas virtudes evangélicas, sobresalió en abnegacion, humildad, mortificacion interior y exterior, por manera que sus ayunos, y rígidas macecaciones, que él consideraba como el medio único para lograr que Dios olvidase las infidelidades de su primera juventud, no pudiendo permanecer ocultas mucho tiempo, aunque para conseguirlo ponía en juego todos los recursos del disimulo y de la modestia cristiana, en breves dias llegaron á ser el objeto de la admiracion comun y de la edificacion universal. Y como la virtud verdadera, sea semejante á un aroma precioso que se difunde fuera del vaso en que está contenido, sucedió que la santidad del religioso mexicano traspasando los muros del convento se vulgarizó en Manila, permitiéndolo así la sábia Providencia, para que fuese pública la reparacion, como lo fuera el mal ejemplo. Y no solo Manila conoció la milagrosa mutacion del jóven de las Casas; tambien su patria, á pesar de las distancias y de los vastos

mares, supo con satisfaccion que su hijo ilustre, convertido ya en otro hombre, segun el Evangelio, era un espectáculo agradable á Dios, á los ángeles y á los hombres.

Empero, quienes con especialidad gozaron de una satisfaccion cumplida, fueron sus dignos padres. No pudiendo contener su gozo, y aguijoneados por su amor paternal, pusieron en movimiento todo su influjo para alcanzar de los superiores de la religion franciscana, una órden que obligase á regresar á México, al fervoroso y penitente Felipe de Jesus.

A esta sazón residia en el antiguo convento de San Francisco de esta capital, (hoy demolido por el hacha revolucionaria, á pesar de que era uno de los monumentos mas elocuentes de nuestra civilizacion, y mas rico en recuerdos) el R. Padre comisario general Fr. Pedro de Pila, quien deseoso de satisfacer la devocion y la ternura de los padres de San Felipe, aprovechó una casual coyuntura, con la que sin menoscabo de la disciplina monástica, el santo mexicano pudiese volver al seno de su patria.

El Arzobispado de Manila estaba vacante por la muerte de su último pastor, á tiempo que la edad, las virtudes, y tambien la necesidad de obreros evangélicos estaban reclamando para San Felipe, los honores del sacerdocio de que se habia hecho digno, por una áspera penitencia de cinco años continuos. El R. Padre Comisario lo creyó así, y en consecuencia espidió sus órdenes al R. Padre provincial de Manila, para que en primera oportunidad remitiese al hermano Felipe de Jesus, á fin de que recibiese los órdenes sagrados en el suelo mismo que le vió nacer. Esto dispusieron los hombres, pero Dios, que segun la bíblica espresion de Fenelon, cuando aquellos se agitan, dirige el movimiento, se valió de las disposicio-

nes humanas, para llevar á cabo los designios de su bondad, honrando á la Iglesia de México con el triunfo de su hijo protomártir, á quien pueden aplicarse estas palabras de la sabiduría. "Su alma fué agrada-
"dable á Dios, y por eso se apresuró á sacarla de en medio de la iniquidad."

§ II.

El día 12 de Julio de 1596, Felipe de Jesus, obedeciendo á Dios, en la persona de su provincial, se embarcó en el puerto de Cavite en el navío San Felipe, con direccion á México, en union de los RR. Padres agustinos, Juan Tamayo y Diego de Guevara que pasaban á Roma; del R. Padre Martin de Leon, dominico y capellan del buque, y del célebre franciscano Juan el pobre, que imitando á Pedro el ermitaño que con su voz de trueno lanzaba á media Europa sobre la Palestina para conquistar el sepulcro de nuestro Redentor, con su elocuencia hija de la caridad evangélica, logró que Roma y muchas naciones católicas mandaran obreros apostólicos á las vastas regiones de China y el Japon, abundantes en mies, y pobres de operarios.

El Soberano, dueño de los vientos, quiso que soplando desordenadamente á juicio de los hombres, cambiasen la direccion del navío San Felipe, para que de esta suerte llegase al término decretado por su adorable Providencia. Así tambien en otro tiempo, Jonás, víctima al parecer de horrible tempestad, realmente fué un instrumento de los designios misericordiosos de Dios sobre los Ninivitas.

Las recias tempestades tan comunes en el archipiélago de Filipinas, y en los vastos oceanos de aquellas latitudes, arrebataron el navío San Felipe, y des-

pues de causarle horribles estragos en sus velas, arboleda y timon, le arrojaron á treinta y siete grados de altura, hallándose inopinadamente los tristes navegantes distantes de Filipinas seiscientas leguas, y ciento cincuenta del Japon. Esta vecindad les llenó de temor, pues sobre la imposibilidad de poder regresar á Manila, veian un próximo peligro en la inmediacion á las costas borrascosas, inhospitalarias y hasta feroces de aquel inmenso imperio.

Y sin embargo, era de todo punto indispensable tomar algun partido, siquiera fuese arriesgado, ó siquiera posible. Mientras el capitán del buque D. Matías Landecho, deliberaba sobre el partido que debiera tomar, algunos fenómenos, que no por ser naturales, dejan de ser fatidicos en ciertas circunstancias, vinieron á aumentar el terror de los náufragos. En medio de los horrores de la noche del 26 de Julio, apareció un cometa gigantesco, pálido y de siniestro aspecto, que ni antes fué previsto ó anunciado por la ciencia, ni despues pudo observarse el rumbo que siguiera: su cauda inmensa estaba como colgada sobre el imperio del Japon. Mes y medio despues, el dia 18 de Setiembre, una ballena colosal rodeaba el buque tan de cerca, que casi le hacia zozobrar, y necesario fué espantarle disparando muchos cañonazos. Ya esto bastaba para hacerles presentir un desgraciado fin. Empero lo que acabó de consternarles, con tanta mas razon, quanto que no era posible esplicarlo con las leyes de la naturaleza, fué la aparicion en el fondo del cielo de una hermosa cruz, blanca y resplandeciente, inclinada tambien hácia el Japon. Por espacio de un cuarto de hora se dejó ver en toda su hermosura; despues perdió su alegre brillo, y cambiándole por un color sanguinolento, permaneció á la vista de todos un cuarto de hora mas, y luego se

desvaneció, ó fué velada por una negra nube. El jóven mexicano, á quien ya todos, siguiendo la opinion de su confesor el R. Padre Diego de Guevara, le llamaban "El Santo," por su modestia, su recogimiento interior, su paciencia, sus edificantes pláticas, su oracion y su resignacion en las demas calamidades que á todos alligian, sintió que aquella cruz le hablaba al alma, y sin poderlo remediar, creyó que Dios le llamaba al martirio, por mas que él se juzgase indigno de tamaña predileccion: en consecuencia, oró con mas fervor, y enteramente se abandonó en las manos de Dios.

Entre tanto, las olas les iban empujando hácia las playas temibles del Japon, y el 18 de Octubre pudieron descubrirlas.

A vista ya del puerto, repentinamente se encontró el buque náufrago rodeado de una multitud de grandes barcas, que los japoneses llaman "Funeas," procedentes del mismo puerto de Tosa en el reino de Urando; y el gefe que las conducia, abocándose al del buque español, le ofreció favor y seguridad plena. Los pobres náufragos cayeron en la red, y dejándose conducir por los prácticos del puerto, estos, de intento, guiaron el barco por un bajo y le encallaron en un banco de arena, logrando así apoderarse de la tripulacion y de la carga, como mas adelante lo hicieron. Además, el gobernador de Tosa, lleno de malicia y de dolo, propuso al español, que para asegurarse de la benevolencia del emperador Taicosama, convenia que le enviase una embajada, y algunos presentes dignos de estimacion. D. Matías Landecho, ora porque nada sospechase, ora obligado por una indeclinable necesidad, nombró la embajada, compuesta de D. Antonio Malaver y D. Antonio Mercado, oficiales de marina, y de los religiosos franciscanos

Juan el pobre y el Santo Felipe de Jesus, quienes juntamente con el homenaje de sus respetos, debian entregar al emperador muchas telas de seda, piedras preciosas, y una fuerte suma de dinero. Los embajadores marcharon para la ciudad de Fuximi, donde á esa sazón estaba Taicosama, quien les recibió con notoria benevolencia; y oida su mision, les despidió política y cortesmente, al extremo que, el Santo Felipe pudo retirarse al pequeño convento de su Orden, que bajo la advocacion de Nuestra Señora de los Angeles, habia fundado en la misma capital del imperio el santo comisario Pedro Bautista, segun adelante veremos.

Entre tanto, el pérfido gobernador de Tosa trabajaba por consumir su crimen. Escribió al emperador diciéndole: "que la nave española encallada en el puerto estaba llena de armas, municiones y religiosos: que estos, con pretesto del culto cristiano, que solo les servia para salvar las apariencias, llevaban un objeto político, y era dar en primera oportunidad, un golpe de mano sobre alguna comarca del Japon, sirviendo así á los intereses de España, como lo habian hecho años atrás en México, el Perú y Filipinas."

Este ardid, sostenido por Tacuino, médico y privado del soberano, y capital enemigo de la religion católica y de sus misioneros, hizo tal impresion en el ánimo suspicaz de Taicosama, que á pesar de los esfuerzos que hicieron muchos poderosos amigos de los cristianos para evitar una persecucion, incontinenti espidió un decreto, previniendo al gobernador de Meaco, que al momento apresase á todos los religiosos, así franciscanos como jesuitas, y que ademas tomase nota de todos sus dependientes y comensales.

§ III.

Era el día 8 de Diciembre de 1596, dia especialmente consagrado á celebrar el misterio de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen María, defendido y sostenido, muchos siglos antes de su definicion dogmática, por los inclitos hijos del Seráfico Padre San Francisco, cuando plugo al Señor estallarse la feroz y cruel persecucion. En los momentos mismos en que la pequeña comunidad de franciscanos se reunia en su capilla de Meaco para solemnizar el augusto misterio, fué de improviso sorprendida por el gobernador y sus satélitos, quien notificó al santo superior la órden de arresto con todos los suyos, que se llevó á cabo.

Hablando de este suceso el insigne Pontífice Benedicto XIV, en su obra: *De canonizatione Sanctorum*, dice: que Dios manifestó su cólera contra ese pueblo idólatra con los siguientes prodigios: "Apenas, dice el Sr. Benedicto, el emperador dictó su decreto de prision contra los santos misioneros, luego apareció en el cielo un cometa espantoso en forma de cruz, que se movia rumbo á Nangasaki, caminando hasta ponerse sobre el mismo lugar en que fueron martirizados, despues de lo cual desapareció. Ademas, Meaco fué castigada con un horrible terremoto de larguísima duracion que derribó los principales edificios y todos los templos de los ídolos. Luego, una lluvia aterradora anegó la ciudad, ahogando multitud de gente; y últimamente, á vista de un concurso inmenso que estaba asombrado con la novedad de estos fenómenos, sudó sangre una imágen del Pa-

dre San Francisco de Asis." De este modo espresaba Dios su justa indignacion.

El dia 11 de Diciembre del mismo año le fué presentado al emperador el catálogo de los religiosos prisioneros, entre los que no figuraba el santo embajador Felipe de Jesus, y que sin embargo, permaneció con todos sus venerables compañeros, preso en su mismo convento de Meaco, hasta el dia 5 de Enero del año siguiente de 1597. En este dia, y siempre en union de los otros santos confesores, fué dado en espectáculo público paseádoles por la ciudad aglomerados en unos carros despreciables, y dados á conocer como reos de pena capital. He aquí el tenor literal de la sentencia que en el mismo dia y paseo fué pregonada. "Taicosama, etc. Constándonos que "estos reos han venido de Filipinas con titulo de embajadores para trastornar el imperio, predicando la "ley de los cristianos, que rigurosamente tenemos "prohibida muchos años ha; y que ademas han fabricado iglesia; mandamos, que sean ajusticiados juntamente con todos los japoneses que hayan abrazado "esa ley. Por lo que, estos veintiseis serán crucificados en Nangasaki." Felipe de Jesus, fiel discípulo de Jesucristo, iba absorto en la meditacion de los sufrimientos de su Maestro divino, y por eso toleró con heroica paciencia, no solo los insultos y groseras burlas de una multitud soez y sin entrañas, sino tambien una dolorosa herida, pues es costumbre entre aquellos feroces paganos, amputar la mitad de la oreja izquierda á todos los reos en el momento en que se les notifica la sentencia de muerte. Hizo mas todavia; perdonó generosamente á sus crueles verdugos, y lleno de caridad y celo iba predicando las santas verdades del simbolo católico, deteniéndose, con particular consuelo de su alma, en la espli-

acion de la felicidad suprema que Dios ha prometido á los que permanezcan hasta la muerte fieles en la profesion de la fé.

Esta constancia y sobrenatural firmeza tuvo en el Santo mexicano un realce muy particular: tal fué la espontaneidad ó libertad con que abrazó el martirio, pudiendo rehusarle sin escándalo y sin detrimento de su fé. Todos sus compañeros de navegacion, despues de algunos dias, fueron puestos en libertad; él pudo invocar los derechos y fueros que aquellos invocaron no estando, como hemos dicho, en el catálogo de los presos; pudo tambien alegar y probar que no pertenecia á la comunidad de misioneros del Japon; pero no quiso hacerlo: recordaba que la cruz, que vió estando en alta mar, le habia anunciado su martirio: comprendió que el naufragio fué ordenado por Dios para conducirlo al puerto de la salud eterna; y estimando en mas que todos los tesoros de la tierra las contumelias y las afrentas y los dolores de la cruz, se abraza voluntariamente con ella y esclama lleno de fervor: "*¡Oh dichoso navio, que te perdiste para que se ganase Felipe! ¡Oh pérdida, que ha sido para mí la mayor de las ganancias!*" Muchos amigos officiosos le aconsejaban que procurase su libertad, y aun le ofrecian su influjo; su constante respuesta fué la siguiente: "*No quiera Dios que mis hermanos estén presos y yo me vea libre: mi suerte se identificará con la de ellos.*" Y cuando á consecuencia de la herida de la oreja se vió bañado en sangre, no cabiendo en sí de gozo, dijo con satisfaccion: "*Ahora, aunque el tirano me mandase poner en libertad, no la admitiria yo.*"

Despues de ese paseo irrisorio y cruel, volvió á la cárcel, y al dia siguiente cabalgando en pobres jumentos y sufriendo lo crudo de la estacion del in-